

La deuda del cine con Beethoven y la música

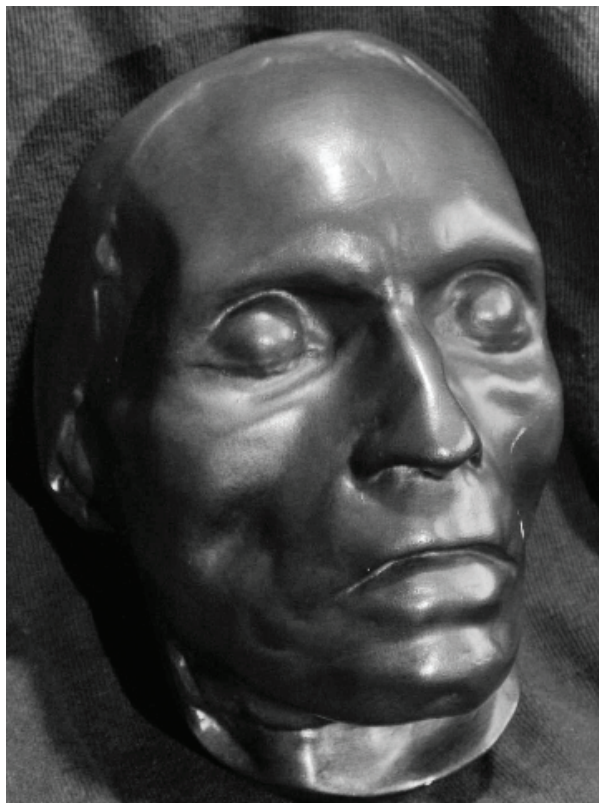
Sergio Alberto Henao

*Sobre el cristal de una ventana, el aliento se congela
esperando un hombre en la oscuridad,
dentro del marco de un cuadro,
tan místico y espiritual. Una voz se expande
en un grito desgarrador... La música se va entrelazando,
inolvidables notas y pizzicatos, el ritmo me llama.
Estoy en la noche, mientras la luz del día trae
un silencio sereno y vacío.
Esto ya no significa nada para mí.
¡Oohhh, Viena!*

Midge Ure, *Ultravox*, Viena, 1985

Si se revisa rápidamente la filmografía sobre la vida de Ludwig van Beethoven, un espectador informado podrá encontrar unos cuantos documentales biográficos y tres o cuatro argumentales, basados en algunas anécdotas conocidas, que recrean de manera muy libre desde la ficción pasajes de la vida del genio musical. Sin embargo, ninguna acude de manera directa a sus peripecias y dificultades, a pesar de que la vida de Ludwig van Beethoven contiene todos los ingredientes trágicos, melodramáticos, inclusive irónicos, y gloriosos e inspiradores que la industria del cine podría con todo éxito convertir en un relato poderosamente emotivo y audiovisualmente magnificante.

Aunque existen múltiples documentos y testimonios confiables de primera mano de quienes lo trataron y conocieron, aquellos pocos largometrajes y unos cuantos documentales apenas sí se han fijado en la vida y el alma del genio rebelde de Bonn. Pareciera que las producciones que existen sobre Ludwig van Beethoven tuvieran que partir de su carácter volcánico, de la continua tormenta de su estado anímico para poder explicar en parte la naturaleza de su obra. Es casi como un lugar



Joseph Danhauser. *Ludwig van Beethoven, máscara mortuoria*. Réplica en yeso. 1827. 22 x 17 x 14 cm. Beethoven-Haus. Bonn, Alemania.

común presente en varias de las versiones que existen sobre la vida y obra del compositor.

Existen tres películas realizadas en los últimos veinte años por parte de directores como Bernard Rose (*Amada inmortal*, 1994), Simon Cellan-Jones (*Eroica*, 2003), Agnieszka Holland (*Copying Beethoven*, 2006), las cuales recrean de manera libre algunos detalles sueltos de la vida del gran músico, sin que abarquen la complejidad de su vida ni la profundidad de su personalidad de manera convincente.

La primera se basa en la carta que el propio Beethoven dejó luego de su muerte, dedicada



Blasius Höfel. *Beethoven*. Grabado a partir del dibujo de Louis René Letronne. 1814. The Cobbe Collection Trust. Guilford, Reino Unido.

a una enamorada a quien mantuvo en secreto. A pesar de que le heredó su fortuna y legado a su sobrino Karl, en el filme se parte del supuesto de que es a la “amada inmortal” a quien Anton Schindler, discípulo del maestro, debe buscar para hacerle entrega de los bienes del músico. De este modo la película desarrolla una historia hartamente artificiosa e inverosímil, al estilo del detective sentimental que sigue una pista tras otra, mientras reconstruye por defecto la vida y los secretos del difunto.

La segunda es la versión más respetable; producida por la BBC para televisión, se basa en el estreno de su tercera sinfonía *La heroica* en 1804, dedicada inicialmente a Napoleón, y en los pormenores de su relación conflictiva con sus mecenas y su discípulo y en el intento vano de casarse con su enamorada de la época, la condesa viuda Josephine von Brunswik.

La tercera película en mención es la menos convincente, a pesar de que la dirige la realizadora polaca Agnieszka Holland, una veterana y

consagrada cineasta de quien se esperaba una mejor demostración de su oficio. En esta, la historia introduce a una joven copista de partituras, quien aspira a convertirse a su vez en una compositora. Esta versión se aleja mucho más decididamente de la historia de Beethoven, pues no se conoce que el músico haya tenido bajo su ala a ninguna mujer y recae en los mismos lugares comunes de un carácter intratable, atorrante, cuyas causas no aparecen explícitas.

También se puede encontrar en los portales un buen documental que hace parte de una serie más amplia sobre otros grandes compositores, producida también por la BBC y presentado por el director de orquesta Charles Hazlewood (*El genio de Beethoven*, 2005), el cual, en tres capítulos de una hora, hace el recuento de la vida, y las características y los momentos cumbres de su obra. Es en el tercer capítulo de esta serie titulado “La fe y la furia” en donde mejor se logran compaginar vida y obra, *ethos* y estética, sufrimiento y creación, y se alcanza a plasmar la paradójica magnificencia del espíritu de Ludwig van Beethoven. En este capítulo se relatan los últimos nueve años del compositor y la tenaz disputa con su cuñada por la custodia de su sobrino Karl, en un contrapunto que refleja la manera sublime en la que concibe sus últimas creaciones, incluida la *Novena sinfonía*.

La consecuencia de la escasa producción para el séptimo arte es que aún no hay una realización que le haga homenaje a este genio superior de la música que se compare a aquella maravillosa realización que el director checo Milos Forman produjo sobre la vida de otro gigante: Wolfgang Amadeus (*Amadeus*, 1984).

Y es una lástima que, a más de cien años de la invención, desarrollo técnico y evolución narrativa y audiovisual del cine, no haya aparecido un realizador y/o un guionista capaz de recoger y sintetizar todas aquellas peripecias



Ferdinand Georg Waldmüller. *Retrato de Ludwig van Beethoven*. Óleo sobre lienzo. 1823. Museo de Historia del Arte. Viena, Austria.

de la vida de este hombre que vivió y sufrió en carne propia las dificultades, frustraciones, amargas y paradojas, de las cuales la misma industria echa mano en otras tantas producciones supuestamente biográficas, armadas desde la ficción más que desde la realidad, en muchos casos abusando de las licencias narrativas, y cuya parábola o moraleja dejan un sabor de inverosimilitud y artificio.

Tan pronunciada ha sido la tendencia, que es como si de la forma de relatar algunas vidas cuya superación es el *leit motiv*, se hubiera constituido un subgénero aparte dentro de los llamados *biopics* o biografías en el cine, con ese sello característico de Hollywood. Algunos de

estos ingredientes se pueden identificar fácilmente por parte de cualquier espectador, pues son tan frecuentes que se han convertido en estereotipos para los cuentos edificantes, en los que se pretende que el espectador encuentre la misma admiración e inspiración para superar dificultades casi imposibles, muy al estilo de la prosa narrativa de cierto gurú latinoamericano de autoayuda de multimillonarias ventas o de algunas adaptaciones cinematográficas de algunos mártires de la historia.

Pero a pesar de aquellas características tan reconocidas para la industria del cine, la vida de Beethoven aún no ha merecido el esfuerzo de ningún talento que consolide para la pan-



Joseph Willibrord Mähler. *Retrato de Ludwig van Beethoven*. Óleo sobre lienzo. 1815. Museo de Historia del Arte. Viena, Austria.

talla grande el gran relato de su vida y obra, a pesar de que en ella sí hay reales grandes dificultades desde la misma niñez, ante adversidades como la implacable disciplina del padre, de quien se dice que llegaba muchas veces al maltrato cruel, no sólo físico sino emocional, hasta el grado de que se señale por parte de biógrafos este comportamiento paterno como uno de los determinantes en sus años posteriores, no sólo de sus constantes cambios de humor sino también como una de las características constitutivas de gran parte de sus obras; verbigracia, el cambio abrupto de *tempo*, el patetismo que muda violentamente al frenesí telúrico sin mediar acordes más moderados, síntoma de su genio creativo y símbolo del contexto revolucionario de la época a cuyos ideales el músico se adhería.

Para el séptimo arte, tampoco la continua enfermedad de la madre y su imposibilidad para protegerlo y brindarle un cariño que le diera seguridad y firmeza en su vida amorosa ha sido tema desde el cual pudiera partir alguna versión de la vida de Beethoven, ni acerca del perenne alcoholismo del padre ni la fortaleza de un carácter para hacerse cargo de sus hermanos cuando apenas sí comenzaba a generar recursos por sus propias creaciones, o los grandes desengaños amorosos, una y otra vez, llevado por su temperamento enamorado —aunque en los testimonios de sus cartas, siempre permaneciera en la fe por encontrar algún día el amor de su vida,—, como si repitiera un patrón de contención por sí mismo y con este alimentara la inspiración para muchos de sus motivos creativos —muy al contrario

del propio Mozart, a quien su padre amonestaba para que aplazara su matrimonio y con ello evitara su detrimento creativo—. Otros detalles llamativos de la vida de Beethoven aparecen en su intento por atenuar su sordera a través de la fabricación de cornetines adaptables al oído, por parte de un mecánico y quien parece haber participado a la vez en la invención del metrónomo, con el que el propio músico impulsó la comprensión de algunas de sus obras, cuyo *tempo* constituía un desafío para la interpretación de músicos acostumbrados a ritmos más serenos.

Inclusive, a propósito de tantos aspectos extravagantes, un buen guionista podría encontrar mucha parte del trabajo de organizar y encajar estas piezas si partiera de una biografía familiar de Maynard Solomon, fallecido recientemente, quien combina la musicología con el psicoanálisis aplicado.

En fin, son tantos los detalles que siempre se han mencionado de la vida de Beethoven, más allá del lugar común que siempre se cita (la paradójica sordera en quien debía tener el mejor oído para valorar en toda su plenitud su propio arte), que siempre quedarán otros no menos sintomáticos, propios del espíritu de los genios, como el hecho de cambiar de domicilio tan frecuentemente que sus biógrafos le llegan a contabilizar ochenta lugares en los que seguramente muchas veces desesperaba a causa de su galopante sordera y sus continuos dolores de estómago, o la manía de contar cada grano de café al desayunar, de modo tan tajante, que no aceptaba su primera comida del día si no confirmaba él mismo la cantidad de granos.

Y, con los anteriores temas mencionados, no quiero decir que estos debieran ser las únicas fuentes vitales u obligadas citas de cualquier versión para el cine que pretenda narrar la vida del genio —ni tampoco porque constituyan el meollo de un carácter excéntrico—,

quiero más bien señalar que de estas podrían partir versiones menos caricaturescas y faltas de veracidad, como alguna de las mencionadas antes. De ellas podrían construirse relatos más ricos argumentalmente quizás, porque en ellas radican parte de las contradicciones individuales, de los síntomas espirituales y psicológicos, en ellas se ocultan muchas de las explicaciones de la fuerza y la intensidad de sus creaciones, de la lucha sobrehumana del hombre que se sobrepone a lo imposible como si de un duelo contra las fuerzas del destino se tratara, como si el compositor se asumiera de igual a igual frente a la fatalidad de la naturaleza y de su designio para él.

Desde estas visiones, que aún el cine no retoma, es que la obra de Beethoven —como la de otros grandes artistas—, se puede también pensar respecto del valor, no sólo musical de su obra para su tiempo y la historia sino, además, que a través de esas peripecias se puede leer la expresión del artista como ser individual ante su tiempo y su estética del periodo en el que vivió.

Para un recuento más completo de la filmografía acerca de Ludwig van Beethoven ver:

- https://sineris.es/la_vida_de_beethoven_en_el_cine.html
- <https://musicaenmexico.com.mx/ludwig-van-beethoven-en-el-septimo-arte-ii/>

Recomendables, también, las obras sobre Beethoven de Maynard Solomon: *Beethoven* (1998); *Memorias de Beethoven* —con Gerhard von Breuning— (2003) y *Late Beethoven: Music, Thought, Imagination* (2004).

Sergio Alberto Henao es Magíster en Literatura Colombiana y Especialista en Hermenéutica Literaria. Se desempeña como docente de cátedra en la Universidad de Antioquia.